

■ Imaginarios e imágenes: Representaciones sociales y manifestaciones iconográficas y audiovisuales de la pobreza

Prof. Cassinari María, Prof. Gachassin Gabriela y Prof. Ovando Débora

(IUNA)

Introducción

A través del tiempo las representaciones del pobre y el ethos de la pobreza han ido variando y esto ha llevado a diversas categorizaciones de la misma, y desde allí a la implementación de prácticas desde distintas entidades, tanto civiles como eclesiásticas y estatales; con el objetivo de paliar, remediar y controlar a los sectores y/o grupos sociales que son considerados dentro de dicha categoría. Estas «disposiciones» mentales se encuentran atravesadas por el binomio ideológico que constituye el gesto de dar una limosna y la amenaza de la represión a los mendigos.

Desde la premisa anterior, el eje conductor de esta investigación lo constituye la transformación histórica tanto de los imaginarios sociales – entendidos como representaciones sociales que una determinada sociedad se da sobre sí misma y su deber ser o utopía de realización- sobre la pobreza como de las instituciones que para paliar o limitar la «peligrosidad» de los pobres se instauran, atendiendo al contraste continuo de la teoría y de la praxis de la caridad con la realidad social del pauperismo.

Es así que intentaremos dar cuenta de las imágenes «guía» que sobre la pobreza se encarnan a través del tiempo, tanto desde su aspecto teórico a través de un análisis de los planteos ideológicos predominantes como así también - siendo el principal aporte de este trabajo- las cristalizaciones que de los mismos ha generado la producción iconográfica de cada período o marco ideológico a referirnos. Pues esta indagación es el resultado del trabajo interdisciplinario entre profesores y un conjunto de alumnas del Instituto Universitario del Arte, en un intento de dar cuenta de la necesaria complementariedad que debe existir para el desarrollo de los trabajos de incumbencia social entre teoría y manifestaciones artísticas, entre teoría y praxis de trabajo de los artistas, puesto que las integrantes de esta presentación entendemos y comulgamos con la idea que el arte debe y puede dar cuenta de los fenómenos sociales.

Comenzaremos nuestro recorrido en los albores del pensamiento renacentista, pues este nos permite abarcarlo desde una doble mirada: por un lado su surgimiento en ciudades-estados con poderes municipales de tal envergadura que pueden cristalizar en instituciones de «reorientación» y encuadre espacial y metódico del fenómeno de la pobreza, como por otro lado el surgimiento de una visión antropocéntrica en donde podremos comenzar a rastrear, una mirada sociocrítica a la realidad social que encarna los valores de la burguesía en ciernes.

Pasando luego por las representaciones de diversos corpus ideológicos, por lo cual indagaremos las representaciones de la pobreza en la Ilustración y el liberalismo, dando especial cabida al «utilitarismo» benthamiano. Para luego posicionarnos en el siglo XX donde de la mano del Estado de Bienestar se concretará la tríada de derechos del hombre al incorporarse a éste los derechos sociales. Etapa significativa de lucha contra la pobreza ahora entendida no tanto como un mal individual sino en su aspecto societario, en

donde los gobiernos deben, dentro de la ampliación coyuntural de sus atribuciones e intentos de respuesta a una serie de demandas crecientes propias de las secuelas de las contiendas mundiales y de la crisis económica de la década de 1930, tomar un fuerte rol asignador de recursos y de beneficios para paliar una pauperización creciente sobre una población fluctuante y organizada en corporaciones obreras y sindicales.

Por último, entraremos en la ascensión del neoliberalismo y la crisis del modelo de bienestar para dar cuenta de un nuevo fenómeno que cristaliza plenamente desde la década del '90: la desafiliación de los pobres, no solo de las políticas sociales, sino también de sus contextos mínimos de contención: el trabajo, la familia, un espacio físico que los ha relegado y convertidos en ciudadanos formales, sin sustancia ni entidad, en definitiva en «supernumerarios»: están pero bien podrían no estarlo que ni en el plano social ni en el estatal serían necesarios, ya no son ejércitos de reserva, atravesaron la línea inclusión-exclusión perdiendo su naturaleza social y su rol: la utilidad social.

Este trabajo se cierra con la producción plástica de las alumnas del IUNA relacionado con la pobreza y en el contexto de su actividad como cursantes de la asignatura «Historia de la Cultura», materia teórica que busca dar un encuadre de conocimientos que sirva de anclaje y reflexión para la producción artística de los futuros egresados de dicha institución.

La creación de las imágenes y las prácticas sociales

«A los pobres y perversos: ¡no temáis! No me vengo del mal sino que obligo al bien. Mi mano es pesada, pero el corazón está lleno de amor.»¹

La caridad implica un acto individual, voluntario, querido y deseado por Dios, establece un «deber ser» de doble reciprocidad, por un lado está el necesitado: viudas, huérfanos, pobres, mendigos, enfermos, un espectro amplísimo que se hace notorio desde la segunda urbanización y del cual dan cuenta los escritos a partir del siglo XIII y XIV; por el otro, el ser caritativo que ayuda a esos «abandonados por Dios», en la ecuación uno y otro se necesitan pues el donante gana así su rol en el esquema prefijado por la divinidad y justifica su razón de ser: posee pues le está signado el servir. La caridad así entendida forma parte de un acto privado pero a la vez establecido por la obligación.

Desde el humanismo y las reformas religiosas del siglo XVI, la concepción de la pobreza se torna problemática. ¿a quién hay que ayudar, a todos por igual o solo a aquellos que «pueden demostrar» que no son ni están aptos para trabajar?, es así como comienza a aparecer una distinción entre los pobres, por un lado el pobre vergonzante, aquellos que habían pertenecido a un cierto sustrato social y por circunstancias azarosas han perdido tal condición, un «igual» que ha caído en desgracia, por otro lado los pobres de solemnidad, lo que hoy llamaríamos pobres estructurales, por último los farsantes; dentro de estas dos últimas categorías las medidas son claras: deben ser impelidos hacia el trabajo,

tienen una función que cumplir dentro de una estructura social que ahora los desplaza, los expulsa a no ser que acepten su destino, y son los Estados –en su principio los municipios urbanos italianos– los que deben acordar una serie de medidas para inducir a esta situación. La «novedad no está constituida, pues, por la laicización de la asistencia social, [...] sino por la asunción



Giotto



Masaccio



Velázquez



Caravaggio



Tintoretto



Murillo

de responsabilidad de los poderes públicos que tienen la finalidad de proteger a los ciudadanos»²

Tanto los postulados ilustrados como los liberales demarcaron un imaginario social de reacciones colectivas sobre los pobres: por un lado se ayuda e intenta proteger a aquellos que por condiciones físicas, mentales o de edad no pueden valerse por sí mismos; pero coexistiendo con ésta, se persigue y castiga a aquellos seres que pudiendo trabajar no lo hacen y han preferido optar por la «vagancia», «la mala vida» o la «holgazanería».

Desde el siglo XVII y en el siglo XVIII las medidas han sido extremas, las leyes de pobres y los work houses ingleses, los hospicios franceses e italianos, de los cuales la sobrevivencia era el mayor desafío, la marcación en el rostro con hierros candentes ante la reiterada fuga de los establecimientos son los primeros dolorosos pasos del asistencialismo estatal, pues «cuando las organizaciones de beneficencia se incorporan plenamente al aparato burocrático del Estado, la ayuda a los pobres se transforma en política social»³ Es así como estamos en una concepción moderna de la caridad, donde la misma ha sido transferida de la esfera privada a la pública, tomando el nombre de beneficencia.



Murillo



Velázquez



La Ilustración si bien no cambiará el «ethos» de la pobreza genera una nueva matriz de pensamiento centrada en la importancia de la educación de los sectores populares y la consideración de estos para el bienestar de las naciones. Los discursos son recurrentes y guardan una estrecha relación entre progreso social y solidaridad, en la cual la miseria es el resultado de la ignorancia de los pobres y de la falta de solidaridad humana de los ricos, desde Condorcet a Paine las palabras parecen similares:

«algo falla en el sistema de gobierno cuando vemos que los viejos son enviados a las casas de trabajo y los jóvenes a las horcas. Todo parece indicar en

esos países una felicidad completa, pero a los ojos de un observador permanece oculta una masa a la cual no le queda otra salida que morir de hambre o de infamia. Los miserables llegan a la vida marcados ya por el preanuncio de su destino: no se les debe castigar hasta que no se adopten medidas preventivas contra la miseria»⁴

De aquí la importancia de la educación y del papel de garante de los gobiernos hacia los sectores populares, pues no es tanto la filantropía como la amenaza de la pobreza lo que lleva a actuar a las instituciones, es en el doble juego de las acciones sociales y políticas donde el destino de los pobres debe ser encuadrado, ya no hay parámetros divinos sino una racionalización de los cuerpos y de las mentes, el siglo XVIII ha enfrentado a los pobres a tácticas políticas y métodos punitivos que entran dentro de una esfera estatal, uno más de los procedimientos y mecanismos de poder⁵.

Por otra parte no debe asombrarnos que no hayan surgido dentro de este periodo sanciones o medidas destinadas puntualmente a los niños o jóvenes pues, la «invención» de la infancia forma parte de un imaginario relativamente nuevo, es recién en las postrimerías del siglo XVIII y dentro de los ámbitos burgueses que dicha conciencia toma fuerza⁶, a la vez en las instituciones creadas con el fin de «promover» el trabajo entre los pobres no existen diferencias de edad para su confinamiento, situación que aumentaría la riesgosity de las mismas para este grupo etario, un ejemplo claro es que aproximadamente un ochenta por ciento de los niños institucionalizados en Inglaterra durante el siglo XVIII fallecen antes de cumplir el año de permanencia en los hospicios.

• Campomanes: educación y trabajo. Análisis de caso.

Profusamente estudiado ha sido por la historiografía el efecto que las Reformas Borbónicas han producido tanto en las disposiciones internas al propio gobierno del espacio peninsular como así también para el territorio americano, aunque este tratamiento ha girado sobre los aspectos económicos y políticos de las medidas implementadas quedando soslayado el contenido social de las mismas. Harto sabido es que las reformas aplicadas respondían a la influencia de la Ilustración y generaron un híbrido entre absolutismo y responsabilidad del monarca ante sus súbditos, esa experiencia que se ha catalogado bajo el nombre de despotismo ilustrado encarnada en la frase: «todo para el pueblo, pero sin el pueblo» nos lleva a intentar reflexionar sobre el imaginario que sobre los sectores populares proyectaron algunos de los pensadores españoles. De aquí nuestro interés en la figura de Campomanes, que al igual que Jovellanos o Floridablanca tuvieron un papel destacado a la hora de transmutar el ideario de época en políticas de Estado.

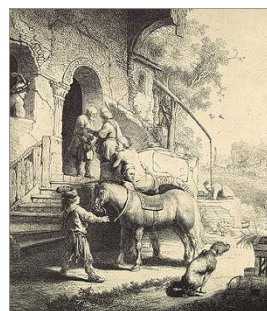
Influencia del accionar de Campomanes en su paso por el Consejo de Castilla es la creación de los montepíos para viudas y huérfanos de altos funcionarios en 1763 y las nuevas atribuciones sobre derecho civil que serán tratadas por la Audiencia y el Protomedicato madrileño referidas a dispensas de edad y legitimación de hijos naturales. Pero de mayor relevancia aun son el «Discurso sobre el fomento de la industria popular» de 1774, en este se trataba, según la Advertencia Preliminar de «*desterrar la ociosidad y promover la industria popular y común entre las gentes...*», era un proyecto que intentaba a través del trabajo elevar la condición de vida de los sectores humildes especialmente de los sustratos campesinos y para lo cual es necesario del control de figuras destacadas dentro de la sociedad como obispos, párrocos, nobles y auxiliares

de policía. El trabajo de este sector de la población redundaría en un doble provecho: por un lado, generaría beneficios económicos a la nación, pero y quizás más importante limitaría la amenaza que estos sectores significaban para el orden social y el gasto público en asistencialismo. Al año siguiente se publica el «Discurso sobre la educación de los artesanos y su fomento» en el cual se plantea la transformación de estas instituciones para que sirvan a la formación técnica y humana de los aprendices, cuestión por la cual el ingreso de los mismos se podría realizar a una edad más corta que la estipulada por los gremios y en sus funciones se añadiría la de la formación «moral» del joven; en el que nuevamente el componente de regulación social aparece claramente perfilado. Pero también en esta doble ecuación que particulariza a la política social encontramos su bifrontalidad: la coerción y es así como presenciamos la formación en Madrid para el año de 1778 de la «policía de pobres», cuyo objetivo era «*limpiar las calles de vagos y mendigos*» para luego proceder a una clasificación de los mismos y su posterior destino, este plan debía ser supervisado por las Diputaciones de Barrio y las Diputaciones de Parroquia, sien-

do las mismas integradas por «*el Alcalde de Barrio, un eclesiástico y tres vecinos acomodados...*», es decir signando a sectores corporativos y de destacada reputación de la sociedad el rol de salvaguardas de la «conciencia colectiva»⁷, en palabras de Donzelot, dotando a un determinado sector de elevado sustrato social como reflejo de toda la estructura social⁸. Situación que veremos repetirse cuando surja en Buenos Aires la Sociedad de Beneficencia en 1823.



Goya



Rembrandt

• Los «seres industriosos»: la influencia del «utilitarismo».

La Ilustración había acuñado la noción de «bien común» la cual debía entrar en contradicción con el «interés propio» sino se propelia a una ecuación justa entre ambas, esta constante debía obtenerse de la racionalidad por la cual los sujetos en base a expectativas optarían por dosis mayores o menores de displacer o dolor individuales.⁹ Es decir que los placeres y los dolores de cada individuo son cantidades medibles y sumables, siendo la felicidad individual la cantidad obtenida; cada felicidad individual es nuevamente sumada y de ahí surge un total social y es este «total social» lo que se reconoce como bien común o bienestar social. Esta abstracción ocupó el pensamiento de los principales reformadores prácticos del siglo XVIII, Helvetius, Beccaria hasta Adam Smith basan sus reflexiones en esta ecuación social. No obstante, es Bentham¹⁰ quién elabora y le da una aplicación generalizada a este principio normativo y organizador el cual recibirá el nombre de «utilitarismo» –principio de la felicidad máxima para el mayor número de personas-. Para el análisis de las políticas sociales esta tendencia es importante por tres motivos, primero porque da pautas para una filosofía de la praxis a través de «valores últimos», segundo porque tiene una fuerte impronta jurídica ya que se planteaba por medio de un sistema de imperativos morales en el cual la felicidad máxima para el mayor número lograba identificar entre la «buena» y la «mala» legislación, por último era un esquema de discernimiento social que permitía el análisis de las prácticas.¹¹



Delacroix



Gericault



Daumier

• **«The Poor Law» (1834): el triunfo del liberalismo sobre la fuerza de trabajo pobre**

Si analizamos las praxis que derivan del marco conceptual narrado en el acápite anterior, hallamos en el plano de aplicabilidad de las políticas esgrimidas por el gobierno inglés una visión paradigmática del efecto de bifrontalidad que deparan las políticas estatales referidas a la pobreza, pues si bien por un lado en 1832 la ampliación del sufragio hacia sectores menos privilegiados como los arrendatarios y los inquilinos con renta suficiente, hace compatible con las ideas del liberalismo decimonónico el rol de los hombres en la sociedad abre el monopolio de un sector de elite «reconociendo las aspiraciones políticas de quienes daban suficiente pruebas de éxito en la lucha económica»¹² no obstante en el espíritu de la ley no primaba tanto la ampliación de las implicaciones políticas de estos sectores como sí el reconocimiento de las capacidades inherentes a los mismos, pues era su condición de trabajadores lo que los había equiparado con el grupo que detentaba hasta ese momento el poder político pasivo y activo.

Esta ley tiene como contrapartida, la sanción de la Poor Law dos años más tarde, en donde como rasgo de continuidad la misma se ejecutaba y administraba desde las comunidades locales y las asociaciones funcionales, pero como rasgo distintivo fue complementada y sustituida progresivamente por un sistema de regulación salarial.

Una y otra ley deben ser entendidas en el marco de reformas isabelinas como un elemento más de un extenso programa de planificación económica, «cuyo objetivo general no era crear un nuevo orden social, sino preservar el existente con una dosis mínima de cambios esenciales.»¹³

La Nueva Ley de Pobres intentaba establecer la distinción entre indigentes y pobres como principio, de manera tal que la situación de los indigentes sanos fuera menos aceptable que de la «clase más baja». Partiendo de este principio se mantenía a la clase indigente en su posición adecuada debajo de la clase más baja de los trabajadores independientes y fuerza al que está en esta situación a que prefiera el trabajo a la asistencia. Así, la Nueva Ley de pobres, ejecuta la proposición de que la ayuda para los sanos y sus familias sólo se brindase a través del confinamiento. Y si bien esta práctica era previa a esta nueva ley, ahora los indigentes, ya sean sanos o enfermos, eran separados físicamente de los trabajadores independientes. Y, al controlar la situación dentro del claustro (comida, alojamiento, trabajo y disciplina) podía aplicarse el status menos aceptable a los indigentes. La reclusión a la vez servía como una prueba automática de la petición del solicitante de la necesidad y esto probaría por sí solo el estado de indigente del solicitante. Ya que el confinamiento era, por definición, menos aceptable que ningún otro tipo de vida, sólo la pobreza más grave induciría a un hombre a entrar en éste.

El objetivo último de la Nueva Ley de Pobres era instituir un mercado libre de trabajo acorde con los requerimientos del liberalismo económico, pues la disuasión y el riesgo del

confinamiento habría de surtir el efecto de la propensión a el trabajo en el mercado libre con los salarios prevalecientes.

En definitiva, constituyó una política social activa diseñada para que el empleo asalariado y el flujo monetario fueran el eje de la existencia de una persona. Se puede reconocer en este tipo de política la firme intención de establecer la hegemonía del mercado en la distribución del bienestar social pues al separar definitivamente al indigente del trabajador pobre, el mercado se convierte para este último en una prisión, dentro de la cual es obligatorio comportarse como una mercancía para poder sobrevivir. En el marco de la mercantilización laboral dentro del paradigma del liberalismo clásico, la nueva ley de pobres puede ser entendida como un sistema de comprobación racional en donde los recursos de los gobiernos solo sean destinados a aquellos que no están capacitados, por taras, enfermedades o edad a participar del mercado, el resto de los individuos deben ser propelidos hacia el mismo creando el imaginario de «la opción menos deseada».



Hogarth



Daumier



Van Gogh



de la Cárcova

• De las cenizas de la humanidad surge el Estado de Bienestar

Habíamos analizado como la educación comienza a ser para los postulados ilustrados la fuente de derechos necesarios en los cuales los pobres obtendrían las herramientas para superar la pobreza, entendida tal como una serie de saberes prácticos que les permitirían «ganarse el sustento» y también como aquel registro de ideas a través del cual aceptarían su condición de tales, convirtiéndose en una alternativa al ideario ya prefigurado en las Sagradas Escrituras.

Al adentrarnos en el siglo XIX el Estado fue lentamente convirtiéndose en el garante de la educación con el objetivo de formar en la infancia a los adultos del futuro, situación que es percibida por algunos teóricos como «un derecho personal combinado con la obligación pública de ejercer un derecho»¹⁴ siendo éste el puntapié inicial para el reconocimiento de los derechos sociales del siglo XX.

Este aumento en la escolaridad, como prerrequisito para el ejercicio de una plena ciudadanía encuadrará dentro de un «espíritu de época» marcado por la Segunda Guerra Mundial que generó un sentimiento generalizado de solidaridad social, pues ni siquiera el mercado ni la democracia habían podido frenar el horror de una contienda universal y había enfrentado a todos por igual, más allá de su pertenencia de clase, adscripción política o situación socioeconómica, de allí que dicha igualdad también podría efectivizarse a través del acceso a un mínimo de bienestar, según un digno nivel de ingresos básicos prefijado por los Estados, para los cuales el reducir los conflictos de clase, permitía sostener el sistema capitalista con menos riesgos ante el avasallante conflicto económico y social que las contiendas mundiales y la crisis de 1930 planteaban para el mantenimiento de un modelo basado en la desigualdad. Por lo tanto se buscaron una serie de opciones por las cuales elevar el nivel más bajo de los «sótanos del edificio social» a través de la garantía

estatal del otorgamiento de una provisión mínima de bienes y servicios esenciales, o una renta monetaria mínima para gastos de primera necesidad, como en el caso de las pensiones de los ancianos y subsidios familiares.



Spilimbergo



Siqueiros



Orozco



Berni

Dentro de los pensadores e ideólogos del Estado de Bienestar, Beveridge¹⁵ ha sido considerado el padre de la política social moderna y su propuesta uno de los pilares del modelo fundado en la ciudadanía social, a través del cual todos los ciudadanos obtendrían un subsidio básico e igual, independientemente de sus actividades, aportes previsionales y rendimientos previos.¹⁶

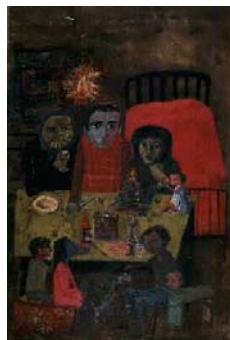
Pero este modelo no podrá superar los embates de la nueva crisis mundial que se cierne en la década del 70 sobre todo el mundo, pues si la política seguida por los Estados de bienestar se basaban no tanto en «deducir de un producto nacional bruto, definido en términos estrictos -la cantidad necesaria para el bienestar- sino de dividir equitativamente el producto nacional, del que el bienestar es un componente fundamental o incluso en sentido amplio, la meta final de todo el proceso productivo»¹⁷, es decir que para una producción dada, se necesita un tiempo de trabajo que depende de la productividad horaria. Y según la relación laboral, este tiempo de trabajo se transforma en determinada cantidad de empleo. Empleo que a la vez, es regulado por el Estado desde la segunda posguerra, o mejor aún desde la década del '30 a través de un pacto social en el que los derechos a la inclusión social son determinantes para el mantenimiento de dichos pactos. Esta situación tiende a revertirse al producirse la crisis del petróleo en la década de 1970, pero no es la productividad la que desciende sino que al subir los precios de las materias primas esto repercute negativamente sobre los precios y reduce las «expectativas» de los empresarios, disminuyendo así la cantidad de personal empleado.

Es decir nos enfrentamos ante una situación de desempleo, que la podemos describir de la siguiente manera: la primera crisis del petróleo provocó una baja muy importante en las tasas de crecimiento y una notoria disminución en los niveles de aumento de la productividad. Como los salarios continuaron aumentando al mismo ritmo que en la década previa a la crisis, se acrecentó el desempleo y se produjeron situaciones de tensión en la economía; pues, para mantener sus tasas de beneficio, las empresas europeas tuvieron que aumentar sus precios, dando lugar a la situación de estanflación y déficit en los estados europeos que intentaron ser revertidos a través de políticas presupuestarias restrictivas y esto respondió también a un hecho importante ocurrido en el entorno político como fue la construcción de la Comunidad Europea y la intolerancia de ésta con relación a los posibles desvíos de las políticas orientadas a la reactivación económica.

Sumado a esta situación, el retorno del pensamiento de la nueva derecha o la influencia del neoliberalismo determinó que se reviesen las políticas implementadas por los Estados

de Bienestar adjudicándole a los mismos una excesiva intervención en el libre juego del mercado a través de las regulaciones que éste propiciaba tanto en salarios como en políticas de pleno empleo y de intromisión en la esfera pública con lo cual había propendido la inmovilización del mercado de trabajo, también se cuestionaba la baja eficiencia de su rol de asignador y las crisis recurrentes y el aumento del desempleo servían para cumplir esta profecía, -que era también apoyada por la izquierda política- y desembocaba, en última instancia, en un gasto público excesivo que abría un conflicto redistributivo entre la sociedad. Surgiendo así como paradigma la idea del «Estado mínimo» y la retracción de las políticas sociales implementadas por este, fenómeno al cual nos enfrentamos desde la década de 1980.

Tras la caída del Muro de Berlín y la apertura capitalista de Europa Oriental, este continen-



Berni



Schiele



Oiticica

te se enfrenta a nuevas situaciones sociales y económicas ante las cuales no ha hallado soluciones para lograr una inclusión masiva de sus habitantes, entre ellas podemos citar: el aumento de la expectativa de vida, la búsqueda de un «salto tecnológico» que permita aumentar la productividad, la masiva inserción de las mujeres en el mercado de trabajo, la disminución de la población activa por el vertiginoso descenso de la tasa de natalidad, – lo cual produce cambios en la estructura familiar-, la llegada masiva de nuevos pobres producto de las migraciones del Este, la flexibilización laboral, las presiones del Tratado de Maastricht y el Consenso de Washington que desde 1990 buscan el equilibrio fiscal como requisito necesario para la estabilidad de las naciones, fomentando un cambio en las prioridades del gasto público y una reforma fiscal con bases impositivas altas, la liberalización económica y financiera a través de privatizaciones, la desregulación del mercado de trabajo y la garantía de los derechos de propiedad.

El desafío actual se focaliza en encontrar nuevas soluciones que –sin aumentar demasiado las desigualdades- puedan disminuir el desempleo. Como consecuencia, las nuevas orientaciones se presentan a través de dos vertientes: la reducción del tiempo de trabajo, y el desarrollo y la monetización de actividades de servicios comunitarios. Por el momento, tales intentos no parecen haber resultado demasiado exitosos y muestran un frente de potencial conflictividad social cuyo vórtice gira sobre el problema de la gobernabilidad y el rol de las naciones en el marco de una economía globalizada.

Conclusión

En la alta Edad Media se formularon diversas doctrinas sobre el concepto de pobreza y todas ellas se basaban en el Evangelio y la Patrística, estas visiones consideraban dicha

situación como un valor o una condición santificante, siempre y cuando sea ejercida y practicada como un acto de «entrega», es un momento histórico en donde la mirada de la Iglesia se posaba sobre todos los actos de los hombres no existiendo una escisión entre el Estado y dicha institución. Hacia fines de esta etapa, comienza a surgir una literatura, de origen burguesa y a nivel urbano y académico universitario que crítica –aunque aun no condena– a los sectores populares que se «tornan una amenaza para las ciudades», y comienza una «clasificación» de la pobreza separando a estos sustratos entre aquellos que merecen y los que no ser atendidos por su condición de tal.

Durante las últimas décadas del siglo XIX, continuaba la opinión preponderante que consideraba el pauperismo y sus manifestaciones como un fenómeno inquietante que había que someter a mecanismos de control y limitarlo, pero el «ethos de la pobreza» había sido desplazado por el «ethos del trabajo», en el cual la condición por el cual el pobre se reinserta en la sociedad es a través de su participación en el mercado de trabajo, sino su exclusión será tanto económica como social, y el Estado solo socorrerá a aquellas personas que por incapacidad –física o etaria– no estén en condiciones de trabajar. La condición de «santificación» que tenía la pobreza se ha trasladado al trabajo y a la vez este constituye un método eficaz contra la relajación social, pues si bien la pobreza es una condición ajena al individuo, este debe luchar contra la misma y en caso de resistencia, el Estado tomará este rol de «guía de las almas y los cuerpos». Saliendo de la esfera personal, los pensadores del siglo XIX empezaron a asociar el proceso de industrialización y acentuación del modelo capitalista con el aumento del pauperismo con lo que se inició una corriente de pensamiento social de ideología obrera-reformadora. A pesar de los avances y retrocesos de la dinámica obrera durante el siglo XIX, hacia finales de éste y principios del XX se refuerza la idea de que la pobreza iba asociada fuertemente con la delincuencia, la marginalidad y los vicios. El «ser peligroso» es ahora el pobre, el que pulula por las ciudades y los obrajes y reclama por mejores condiciones de vida, de aquí la fuerte presencia de los Estados para «prevenir» dichas manifestaciones.

Este análisis si bien nos muestra el tránsito de un modelo piadoso a otro en el que prima la coacción hacia el pobre, no debe ocultar las premisas primeras de esta respuesta, pues si bien estamos en presencia de una disminución gradual de la importancia de los móviles éticos y religiosos éstos no han desaparecido, lo que sucede es que queda circunscripto a las conciencias individuales y apocados por el rol del Estado y las instituciones filantrópicas.

Durante el Estado de Bienestar, la pobreza aparece en un sentido relativo, es decir asociada a una disminución de la participación proporcional en el reparto de las rentas. Es el resultado de la precarización del trabajo y del desempleo y de la inadecuación de las políticas sociales para hacer frente a esas situaciones; los pobres son aquellos que han quedado excluidos de las protecciones que garantiza la condición de asalariados. No obstante, el hecho de tener trabajo no garantiza ya la no precarización, pues la «periferia» del sistema social se ha circunscripto y acogido a un gran número de asalariados que están por debajo de la línea de pobreza y por otro hallamos, ante su fracaso, si al producto del capitalismo pos-industrial: los supernumerarios¹⁸.

Este nuevo modelo convierte a gran cantidad de personas que pasan a convertirse en desafiados, sin utilidad social, que no están integrados, ni podrán ser ya integrables, convirtiéndolos en excluidos no solo económicamente sino también civil y políticamente.

El concepto de desafiliación resultó vital para encuadrar el trabajo pues el concepto de fragilidad de la cuestión social supone no perder de vista un doble proceso: una situación de precariedad laboral asociada a una trayectoria que oscila entre la integración y la no integración en el mercado de trabajo, como la vulnerabilidad social que describe la situación inestable bajo la cual se inscribe el individuo en el tejido social. Una situación donde los vínculos relacionales se vuelven frágiles, es decir, las múltiples relaciones de intercambio a través de las cuales el individuo va produciendo su propia vida. En este sentido Castel nos advierte que si bien es cierto que la cuestión social gira en torno al problema de la exclusión sin embargo no debemos perder de vista el problema de la vulnerabilidad social en la cual no sólo debe analizarse la situación de los «estables» que están perdiendo tal condición sino también sus consecuencias futuras, tanto en el plano individual como en el proyecto y el imaginario de las sociedades. Pensar en «qué representación» debe tener de sus pobres, una determinada sociedad, nos habla en definitiva de sus utopías, de sus aspiraciones, ahora bien ¿qué pasa cuándo en ella ya no aparecen reflejados los más desprotegidos?

Notas

- ¹ Portal del Reformatorio de Dassau en Hamburgo creado en 1667.
- ² Geremek, Bronislaw, 1998: La piedad y la horca. Historia de la miseria y de la caridad en Europa. Editorial Alianza, Madrid.
- ³ Moreno, José Luis, 2000, La política social antes de la política social, Editorial Prometeo, p. 6.
- ⁴ Discurso de Thomas Paine citado en Inglis, 1971: Poverty and the Industrial Revolution. Londres, en Geremek, Bronislaw, 1998, página 258.
- ⁵ Foucault, Michel: Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. 1989, páginas 29 a 31.
- ⁶ Al respecto: Ariés, Philippe: 1987; El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen. Taurus, Buenos Aires. LLOYD DE MAUSE, (Compilador) 1982; Historia de la infancia. Editorial Alianza, Madrid.
- ⁷ Sobre la labor legislativa y el marco de pensamiento de Campomanes: CASTRO, Concepción de: 1996: Campomanes. Estado y Reformismo Ilustrado. Madrid, Editorial Alianza.
- ⁸ DONZELOT, Jacques: 1998: La policía de las familias. Valencia, Editorial Pre-Textos, Primera edición 1990.
- ⁹ La Sociología clásica y moderna toma fuertemente esta matriz de pensamiento para estudiar fenómenos tales como el cambio social, la integración y el control social. Quizás su mayor representante sea Parsons, no obstante al respecto puede consultarse: Passano, Antonio (comp.), 1991. PASSANO, Antonio (selector): 1991: Sociología del poder. Buenos Aires, CEAL. PAVARINI, Massimo: 1998: Control y dominación. Teorías criminológicas burguesas y proyecto hegemónico. México, Editorial Siglo XXI (sexta edición). THERBORN, Göran: 1987 (1ª ed. 1978): ¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. México, Editorial Siglo XXI. FOUCAULT, Michel: 1989: Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. Argentina, Editorial Siglo XXI, 17ª edición en español.
- ¹⁰ Jeremy Bentham, 1748-1832. Fue economista, abogado de profesión, investigador y propagandista, además de sus obras filosóficas, fue el creador del panóptico e ideólogo de organizaciones caritativas.
- ¹¹ Si nos trasladamos al Río de la Plata en los albores del siglo XIX, y tomamos la figura de Somellera vemos que la impronta ideológica del utilitarismo es central: desde 1806 cumple la función de Defensor de Pobres y Menores, en 1823 y con la recién creada Universidad de Buenos Aires es catedrático en dicha casa de estudios y al año siguiente escribirá su obra cumbre, los Principios de Derecho Civil, una frase que resume la conexión de este con el pensamiento de Bentham quizás se resume en lo siguiente: «la base de toda obligación es la utilidad», concepto entendido como el depositante de derechos y beneficios dentro de una sociedad no importando el estrato social, todas las personas tienen una obligación para con la sociedad: el ser útiles a través de la industria, entendiendo la misma como las actitudes y habilidades que una persona debe desplegar para obtener beneficios propios que propelan al bienestar común. Al respecto puede verse: SOMELLERA, Pedro: 1939; Principios de Derecho Civil. Curso dictado en la Universidad de Buenos Aires en el año 1824. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- ¹² Marshall, T.H.: 1991 Ciudadanía y clase social. México, FCE. P. 30 y ss.
- ¹³ Ídem, pág. 32.
- ¹⁴ Véase al respecto, la ya citada obra de Marshall (1991), p. 35.

- ¹⁵ BALDWIN, Peter: 1992: «Beveridge en la larga duración», en: Revista Internacional de Seguridad social. N° 1-2. ESPING-ANDERSEN, Gosta: 1993: Los tres mundos del Estado de Bienestar. Valencia, Ediciones Alfons El Magnanim.
- ¹⁶ Para un análisis de las políticas de bienestar social y su funcionamiento durante el peronismo, recomendamos: ANDRENACCI, FALAPPA Y LVOVICH: 2004:»Acerca del Estado de Bienestar en el Peronismo Clásico (1943-1955)» en: BERTRANOU, ALACIO, SERRANO (Comps.): En el país del no me acuerdo, Buenos Aires, Editorial Prometeo.
- ¹⁷ Bottomore, Tom: «Ciudadanía y clase social, cuarenta años después», en Marshall, op. Cit. P. 95.
- ¹⁸ CASTEL, Robert: 1999: La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Buenos Aires, Editorial Paidós.